

LA DOMINICA DE LA ANUNCIATA: SER MARÍA Y SER GABRIEL A LA VEZ.

El Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José de la casa de David. Y el nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Luc 1,26-29).



Estas palabras del Ángel el día de la Anunciación inauguran la Nueva, Alianza de Dios con su pueblo: «Dios con ellos será su Dios», (Apoc 21,3). Emmanuel. El Hijo único de Dios será el hijo de María, su nombre será Jesús, es decir, Dios salva. María responde y acepta la misión y la gracia que le son confiadas de parte del Señor.

En Ella, por Ella, la tierra se abre y hace germinar al Salvador (Isaías, 45,8), ella acoge al que la bautizará en su sangre y la renovará por su Espíritu.

El día de la Anunciación se levanta para los hombres como una aurora nueva: «El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz. Sobre los habitantes del país de la muerte, una luz ha resplandecido» (Is 9,12) El Ángel, mensajero del Dios que quiere que todos los hombres sean salvados (1 Tim 2,3-4) anuncia a María, imagen del mundo nuevo, representante de la humanidad rescatada, la buena noticia de la salvación.



El misterio de la Anunciación, en la novedad que revela, se prolonga en el nacimiento de Cristo, su predicación, sus milagros, su muerte y resurrección, el don del Espíritu y el crecimiento de la Iglesia. La alegría de las santas mujeres en la mañana de Pascua, cuando Cristo resucitado vuelve a tomar, para saludarlas, las palabras del Ángel a María, «alegraos», la alegría de los Apóstoles perseguidos por el nombre de Jesús (Hech 5,40-41), como la alegría de Zaqueo recibiendo al Señor en su casa, son otros tantos ecos de la alegría de

El misterio de la Anunciación, en la novedad que revela, se prolonga en el nacimiento de Cristo, su predicación, sus milagros, su muerte y resurrección, el don del Espíritu y el crecimiento de la Iglesia. La alegría de las santas mujeres en la mañana de Pascua, cuando Cristo resucitado vuelve a tomar, para saludarlas, las palabras del Ángel a María, «alegraos», la alegría de los Apóstoles perseguidos por el nombre de Jesús (Hech 5,40-41), como la alegría de Zaqueo recibiendo al Señor en su casa, son otros tantos ecos de la alegría de

María el primer día de la nueva era: «mi espíritu exalta de alegría en Dios mi salvador».

Ahora nosotros, con María y como en ella, acogemos a Dios con nosotros, Dios en nosotros, Jesús Salvador. Cada vez que el Evangelio llega a nuestro corazón y cambia nuestras vidas, cada vez que en nosotros es generador de disponibilidad y de alegría, el misterio de la Anunciación continúa y se prolonga. Se desenvuelve en la historia como la Buena Noticia cuyo eco nunca habrá acabado de resonar hasta Dios sea todo en todos.

Cuando, como María, acogemos esta Buena Noticia y ella se hace vida en nosotros, podemos llegar a ser para nuestros hermanos, Gabriel, enviado por Dios, para anunciar, también nosotros, a Emmanuel. La predicación apostólica, la predicación de la Iglesia es la prolongación de este diálogo, salido del Corazón de Dios, entre el Ángel y María, un día, en Nazaret de Galilea.

Ser María y Gabriel a la vez, modestamente, es la vocación de Santo Domingo. Acoger la Palabra hasta no poderla ya contener y entonces, cantarla, gritarla, testimoniarla. ¿El amor de los hermanos y de las hermanas de la Orden de Predicadores para con el **Ave María** no proviene, acaso de esta convicción intuitiva que, en la escena de la Anunciación está contenida, como un germen, su vocación de acoger y de anunciar una palabra de salvación que llega a ser en ellos cada vez más viva a medida que la anuncian, y que la anuncian porque es su vida?

La Anunciata no es un patrocinio indiferente. Compromete a consagrarse en todo, siempre y por todas partes a vivir de este misterio, a ser María y a ser Gabriel, de camino y en casa, con los ricos y con los pobres, con los que sufren y con los que están alegres. Es hacer de su vida, sea cual fuere su cometido, una prolongación de este momento en el que Dios ha venido a proponer la paz y la reconciliación a la humanidad, este Dios que no soporta que los que él ha creado a su imagen y que se han alejado de él por el pecado, se abismen en la muerte.

La primera Palabra de Dios al hombre después de la caída fue: «¿Adán, dónde estás?» La respuesta viene de María, la nueva Eva: «Heme aquí, soy tu esclava».

«He aquí que estoy a la puerta y llamo» (Apoc 3,20). María ha oído su voz y ha contestado. Las puertas de la tierra se han abierto al Evangelio y de esto, somos nosotros los herederos y los testigos.